EL ESPACIO ENTRE NOSOTRAS

Todos hemos recibido alguna vez una noticia que nos ha roto el corazón, que ha hecho que nos tiemblen las manos y que se nos nuble la vista, intentar responder o pedir explicaciones, pero lo único que somos capaces de emitir es un bajo sollozo antes de derrumbarnos.

Yo pasé por esa situación hace cuatro días, y puedo asegurar que han sido los cuatro días más difíciles de mi vida.

Acababa de llegar a casa de mi turno como enfermera cuando mi madre se me acercó con ojos vidriosos y la nariz colorada. Con tan solo verla supe qué había pasado. Noté como las lágrimas caían por mis mejillas, me llevé las manos al pecho, pues un intenso dolor azotaba mi corazón. Se me debilitaron las piernas, y antes de que callera al suelo, mi madre corrió a abrazarme.

-Él…él no…no puede ser, los médicos…ellos dijeron que se estaba recuperando-dije entre sollozos, con la voz rota.

Aquella fue la primera vez que sentí la desesperada necesidad de que el tiempo se detuviera hasta que yo pudiera procesar lo que estaba sucediendo.

-Todo va a estar bien, cariño, todo saldrá bien.

Pero yo sabía que eso no era verdad, porque sin mi abuelo nada podía estar bien. Yo no podía estar bien.

Pasé los dos días siguientes encerrada en mi habitación, llorando a veces, pero la mayor parte del tiempo mirando el techo, recordando. Recordando todas esas tardes en las que podíamos pasarnos horas hablando, en cómo me enseñó a jugar al ajedrez cuando era pequeña, las partidas en las que siempre me dejaba ganar, los paseos, las meriendas que siempre me preparaba cuando iba a su casa. Era duro pensar en él sabiendo que ya no estaba. Las espirales de pensamientos sobre que debería haber estado con él, que podría haber hecho más. Me adentré en ellas, pero lo malo de las espirales es que nunca acaban, se estrechan infinitamente.

Al día siguiente tampoco tenía ganas de levantarme de la cama, solo de pensar que ya nada sería como antes, me empezaba a encontrar enferma. No sabía cómo sobrellevarlo. No sabía si quería sobrellevarlo. El peor sentimiento es no saber si continuar o rendirse.

Mi atención se desvió a una foto que sobresalía del álbum de mi abuelo. Éramos mi hermana y yo, en su cumpleaños número dos, yo ya tenía dieciséis años, pero aun así, ambas nos habíamos disfrazado de princesas para la fiesta.

Pensé en mi hermanita, que solo tenía seis años y estaba teniendo que afrontar demasiado para su edad: una pandemia, la muerte de nuestro abuelo…

Tenía que salir de mi cuarto, tenía que seguir adelante por ella. Luchar para que nadie más perdiera a sus seres queridos por culpa del COVID-19.

Una semana después. 28 de abril de 2020, Madrid.

Ruedas en movimiento. El chirriante sonido de las ruedas de las camillas me había estado persiguiendo durante todo mi turno en el hospital. Era agotador ver cómo el hospital estaba lleno y aun así seguíamos recibiendo pacientes. Mis compañeros y yo intentábamos recolocar las camillas para poder atenderlos, pero en algunos casos teníamos que hacer una breve revisión y enviar a los más estables a otros hospitales.

Durante nuestra hora de almuerzo y descanso, todos los días mi amiga Patricia y yo salíamos del centro para que nos diera un poco el aire y poder comer algo sin miedo a contagiarnos, ambas éramos enfermeras, por lo que debíamos ser muy cuidadosas.

-Bueno, dime, por qué has tardado tanto en salir hoy, ¿a quién estabas viendo?-Me dijo con una sonrisa de complejidad, haciéndome reír.

-Nada de eso, era solo una paciente de última hora.

-Ya te he dicho que no atiendas a nadie fuera de tu horario-Comenzó a reprimirme ahora más seria-. Eres joven y esta pandemia no va a ser corta ni fácil. Cuando termine tu turno, los pacientes restantes tienen que ser atendidos por el personal sanitario que esté en su turno, si haces todo tú, terminarás teniendo que tomar pastillas para el estrés.

Yo sabía que Patricia llevaba razón, pero no era tan fácil. Me había prometido a mí misma que haría todo lo que estuviera en mi mano para ayudar, y así lo haría. Sin embargo, mi amiga me conocía demasiado bien y supo lo que estaba pensando.

-No pienses eso, Dalia- Ya no me miraba con reproche, sino con pena-. No cargues con todo como si fuera tu culpa, porque sabes que lo que pasó no lo fue, y no podías hacer nada, aunque te martirices pensando lo contrario.

Como decía, me conocía demasiado bien.

Patricia había sido una de las primeras personas en enterarse de la muerte de mi abuelo, y si no fuera por ella, no sé que habría sido de mí. Fue como el marcapáginas recordándome en qué parte estaba cuando, en esos días, yo cerré el libro de mi vida sin importarme perderme entre las páginas de momentos en los que todo era perfecto.

Cuando llegué a casa, me descalcé, metí la ropa en una bolsa, tiré los guantes, me lavé las manos, y no fue hasta que estuve en el baño para ducharme cuando me quité la mascarilla. Esa era mi rutina diaria después de volver del trabajo, cualquier despiste podía acabar en una horrible tragedia, así que tenía que tener mucha precaución.

Unos golpes en mi puerta me sacaron de mi ensimismamiento. Mi madre entró a mi habitación mirando con desaprobación los platos de mi cena encima de la mesita de noche. Ya sabía a qué había venido, y lo último que me apetecía era que me diera una charla a esas horas. Me puse la mascarilla antes de que se acercara demasiado.

-No ha querido probar bocado, lleva unos días muy desanimada, no entiende por qué su hermana no puede cenar con ella. Para ser sincera, yo tampoco lo entiendo.

-No hay mucho que entender, solo el hecho de que soy enfermera, y parece que no entendéis el riesgo que eso supone en esta casa.

-Ya eras enfermera durante el covid-19 antes, y no fue hasta la muerte de tu abuelo cuando empezaste a tomar estas medidas-Me tensé ante la mención de mi abuelo-. Sé que no quieres perderla a ella también, pero la peor manera de perder a alguien es que piense que no le importas. Ella también ha perdido a su abuelo, y te necesita en estos momentos. Tiene seis años y necesita saber que es importante para ti.

"Pues claro que es importante para mí, la necesito más que al aire que respiro" quise decirle, pero solo guardé silencio.

-Sabes que estoy aquí para ti, para lo que me necesites, pero cariño, no se puede vivir con miedo toda la vida. Es así, a veces caes, tropiezas, te empujan, pero te levantas, incluso puede que vuelvas a caer. Pero, si ni siquiera te mueves por temor a caer, en realidad, ya te has hundido.

-Estoy bien, mamá, de veras, solo estoy un poco abrumada por el hospital, eso es todo-dije quitándole peso al asunto y sonriéndole un poco. Nos miramos durante unos segundos, ella no estaba del todo segura sobre si creerme, pero se relajó cuando vio mi expresión tranquila y se fue devolviéndome el gesto de cariño.

A veces fingimos sonrisas para ahorrarnos preguntas.

Y fue en la soledad de mi cuarto el momento más ruidoso de mi día: callan los de fuera, vuelven los de dentro.

-Dalia, casi se me olvida decirte esto-Patricia y yo estábamos dando una vuelta después del trabajo en el camino a casa, vivíamos cerca, así que volvíamos juntas siempre-. Hoy ha nacido una niña preciosa en el turno de Clara y me ha contado que los padres la han llamado Emma, pero eso no es lo que importa, lo increíble es que se apellida Watson. ¡Emma Watson!- Nos reímos juntas, ambas éramos bastante fans de Harry Potter y teníamos un humor bastante parecido, esa era una de las razones por las que éramos tan amigas.

Nos paramos en seco por una cola de personas que se alargaba hasta el final de la calle. Dalia y yo nos miramos sin entender nada, así que nos acercamos a preguntar.

-Disculpe-le dije a una señora que estaba sola en la fila. Al girarse, su cara me pareció familiar-. ¿Sabe para qué es esta cola?

-Pero bueno, qué alegría verla de nuevo, ¿no se acuerda de mí? Me llamo Carmen, me atendió hace unas semanas, y menos mal, si no fuera por su ayuda a saber qué habría hecho-De repente caí en la cuenta de que era la paciente de última hora por la que Patricia me regañó, pero todavía no entendía qué hacía ahí. Mis dudas quedaron resueltas cuando me respondió con una mueca ahora más desanimada-. Se llaman colas del hambre, en las que asociaciones reparten comida para ayudar a los que la necesitan. Con esto de la pandemia y el confinamiento, muchos hemos perdido el empleo y no tenemos ninguna fuente de ingresos. Yo por lo menos soy solo una, pero por ejemplo, mi vecina tiene dos niñas y es madre soltera, no me quiero ni imaginar por lo que tiene que haber pasado para mantener a su familia.

En ese momento, viendo la interminable cola de personas, supe lo difícil que estaba siendo esto para todos. Sin embargo, cuando una de las voluntarias me preguntó si necesitaba ayuda y me ofreció mascarillas para protegerme, cuando vi cómo unos niños de apenas cinco años se saludaban sonrientes con sus pequeños codos, sentí la esperanza como algo que llevaba ya tiempo sin experimentar, y fue tan bonito y alentador, que al llegar a casa me convencí completamente de lo que tenía que hacer.

Entré al salón con una gran caja envuelta en papel celeste para encontrarme con mi hermanita sentada en el sofá de espaldas a mí."¡Felicidades!" grité, haciendo que mi hermana se girara sorprendida.

-¡Has venido! ¡Ha venido, mami!-chillaba con su voz aguda dando saltitos en el sofá.

-Por supuesto que he venido. No pensarías que me iba a perder el cumpleaños de la princesa de la casa-dije entre risas causadas por su reacción al verme-. Además, te he traído un regalo.

Vi como sus ojos se agrandaban de emoción mirando la caja. Cuando la abrió, con sumo cuidado para no romper el envoltorio, me miró y volvió a dar saltitos de alegría.

-¡Son libros con dibujos! ¡Y una pelota! Me encantan, pero me leerás los cuentos por las noches y jugarás conmigo al fútbol, ¿verdad, Dalia?

Asentí sonriente, leerle libros a mi hermana era una costumbre que tenía por las noches cuando ella era un poco más pequeña. Al recordarlo me embargó la nostalgia.

Se acercó para abrazarme, pero yo me alejé lo más disimuladamente posible. Sin embargo, mi hermana no era tonta, y sabía que estaba rechazando su abrazo. El problema era que ella no sabía el por qué, al contrario que yo: mi hermana es asmática, y eso significa que es una persona de alto riesgo si se contagia de coronavirus. Yo como enfermera estaba constantemente en contacto con el virus, por lo que tenía que ser extremadamente cuidadosa, no me podía permitir ningún descuido.

Una caja alargada, una misteriosa caja alargada que, según me había dicho Patricia, Carmen había dejado en la recepción del hospital. No sabía qué contenía, por eso, al llegar a mi habitación, me senté en la cama y abrí la enigmática caja.

Un álbum. Bueno, no un álbum cualquiera, el álbum de mi abuelo. Me quedé observando la cubierta durante un par de segundos antes de poder reaccionar y pasar la primera página. En ella había una nota de Carmen en la que ponía que mi abuelo le había dado ese álbum cuando compartieron habitación en el hospital, antes de que él muriese. Ella también escribió que me había reconocido cuando llegó a su casa después de verme en la cola del hambre, miró las fotos del álbum en las que yo salía con mi abuelo para asegurarse de que yo era su nieta, entonces decidió devolverme el álbum. En la carta Carmen contaba cómo mi abuelo le había dado esperanza cuando estaba enferma, y que había sido una gran persona, algo que yo puedo asegurar.

Empecé a pasar las páginas intentando no mojarlas con las lágrimas que caían por mis mejillas. Los recuerdos, la añoranza, la nostalgia, la tristeza…todo pareció apoderarse de mí floreciendo en mis lágrimas y volverse oscuro y desolado.

Mis ojos pasaban por los detalles de las fotografías, se quedaban un tiempo de más fijados en la cara de mi abuelo, su sonrisa, como intentando imprimirla en mi mente para nunca olvidarla. Ver las fotografías y desear poder revivir aquellos momentos al menos una vez más. Dolía.

En una de las fotos salíamos mi abuelo y yo de pequeña en carnavales, cuando hicimos juntos mi disfraz de pájaro. Qué irónica me parecía esa escena en ese momento, construimos juntos mis alas para volar, pero mi corazón nunca estuvo listo para que él volara al cielo. Cuando cogí la foto para verla mejor, me percaté de que había algo escrito en la parte de atrás:

"*Para mi preciosa y dulce Dalia*

Supongo que si estás leyendo esto es porque ya me he ido. Seguramente no pudiste estar conmigo en mis últimos momentos, y sé que piensas que me fallaste, que me dejaste solo, pero no es así. Estoy seguro de que si no fuera por la pandemia, habrías pasado horas sentada a mi lado, pasando las gruesas páginas de un álbum como este, por eso decidí escribirte mis últimas palabras aquí, en la foto que nos hicimos uno de los días más felices que he tenido.

La muerte no es nada. Yo solo me iré a la habitación de al lado. Cuando me nombréis en casa, que sea con alegría, no de manera solemne. La vida sigue, el hilo no está cortado. Quiero que sepas que, pase lo que pase, voy a estar siempre a tu lado. ¿Por qué estaría yo fuera de tu corazón, simplemente porque estoy fuera de tu vista?

Puedes llorar porque me he ido, o puedes sonreír por todo lo que hemos vivido. Puedes cerrar los ojos y rezar para que vuelva, o puedes abrirlos y ver todo lo bonito que he

dejado. Puedes hacer tantas cosas…sin embargo, cuando te observe desde el cielo, nada me hará más feliz que verte reír y apreciar los colores de la vida con esos preciosos ojos que tienes.

Llora todo el tiempo que sea necesario.

Permítete estar rota, pero recuerda que serás un puzle, no una ruina. A un cristal roto no hace falta decirle que está hecho añicos, eso ya lo sabe. Sin embargo, sigue reflejando luces y destellos, y eso nadie se lo dice.

Llora, pero cuando estés preparada, seca tus lágrimas, levántate y sigue. El dolor no se cura fácilmente, pero te aseguro que no dura toda la vida.

Ten fe, cariño, porque vas a superar esto, es lo que la gente como tú hace: deslumbrar hasta con el alma rota. Y sé que es una época difícil, pero tienes que estar con tu hermana, es una niña preciosa y encantadora, espero que algún día ella pueda leer su carta, que también está entre recuerdos. Una pandemia es algo muy complicado de sobrellevar, pero, recuerda: mientras haya voluntad, tendrás esperanza de vencer.

Y cariño, vive, vive y brilla como siempre lo has hecho. Guarda recuerdos en tu alma para que, cuando seas abuela, puedas sentarte con tus nietos y pasar horas contándoles anécdotas como yo hacía con vosotras. Y mientras ellos te miren expectantes con una sonrisa, recuerda que yo estaré allí, en tu corazón, en tus palabras, en cada parte de esa historia, te acompañaré como una brisa para que puedas seguir contándola.

Con cariño, tu abuelo."

Me levanté abruptamente y salí corriendo hacia el salón, mi abuelo tenía razón, no servía de nada aislarse, tenía que vivir y aprovechar el tiempo con mi familia.

No me sequé las lágrimas, ¿para qué iba a hacerlo si no eran lágrimas de tristeza? Intenté dejar de llorar para que mi familia no se preocupase, pero lo que me esperaba en el salón desató todavía más lágrimas: una gran lámina transparente con huecos para los brazos, y al otro lado, mi hermana, sonriéndome sin un dientecillo que se le había caído.

Me quedé ahí parada, temblando al entender que mi hermana, esa pequeña niña, había construido eso ella sola para estar cerca de mí. Se acercó a la lámina y metió sus bracitos por los agujeros. Me acerqué, metí mis brazos por otros huecos y la abracé, la abracé como si en cualquier momento se me pudiera escapar. Echaba de menos sus abrazos. Sus bracitos me apretaban tanto que podría romperme, pero al contrario, estaba uniendo cada parte de mí que se había roto, y fue el mejor sentimiento que existía.

Sentí a mi abuelo en ese abrazo, lo sentí ahí, dándonos un beso en la frente a cada una, y me permití pensar en él sin relacionarlo con nada triste, sino con alegría pura.

Recordé las palabras de mi abuelo y entonces lo entendí: "*Mientras haya voluntad, tendrás esperanza de vencer".*